



LIBRO XIV.

La Huida á Egipto.

APENAS José y María hubieron regresado á la Baja Galilea, se vieron obligados á emprender un lejano y peligroso viage, cuyo término era la tierra del destierro. Una noche el Angel del Señor apareció en sueños á José: "Levántate, le dijo, toma el Niño y á su madre, huye á Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise que es tiempo de volver; porque Herodes va en busca del Niño, con intencion de matarle." A estas palabras levantóse José todo azorado, adora al Señor, y corre á despertar á María, que dormia el sueño dulce y tranquilo de los ángeles cerca de la cuna de su Hijo. La tierna madre comprendió al instante la necesidad de tan acelerada como oculta huida. Arroja sobre su hijo una mirada de angustia,

reune á toda prisa algunas provisiones y unos enantos pañales y vestidos, de los cuales tenia absoluta necesidad en su fuga. Hechos estos ligeros preparativos, precedida de José y llevando á Jesus en sus brazos, se alejó de su ciudad natal, en que todo reposaba á la pálida claridad de los astros nocturnos.

Las profecias de Simeon se habian verificado demasiado pronto. No bien habia nacido, cuando la persecucion de un tirano venia á buscar á Jesus en su cuna; y su madre, tan pura, tan jóven y tan santa, se veia obligada á huir durante la noche, cual un criminal, en compañía de un anciano de cabellos blancos, que solo podia oponer la paciencia y el ruego á la lanza del árabe emboscado en los desfiladeros de las montañas, ó á la persecucion homicida de los soldados de Herodes. Habríase dicho que Dios mismo abandonaba á su suerte á esta santa familia; porque al intimarles su enviado la orden de partida, no les prometió protegerlos, durante el viage, de todo peligro, como en otro tiempo ofreció el ángel Rafael librar de todo mal al jóven viagero de Reyes. El esposo de la Virgen comprendió, que no habiendo llegado todavía el momento solemne de la manifestacion de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Herodes, por medios sacados de la prudencia humana. A José, pues, quedaba todo el cuidado y todo el honor de esta difícil empresa; á él, pobre y oscuro anciano, derrocar los planes, de burlar las tramas, de engañar la sospechosa vigilancia de un tirano receloso, hábil y servido por sus emisarios como un déspota del Oriente. ¿Qué será de ellos, y qué partido tomar, si tenían algun fatal encuentro en el camino de Jerusalem? La pronta marcha de los Magos habia despertado las sospechas de Herodes, y estas sospechas se habian justificado con las palabras de Ana y Simeon. Las investigaciones ocultas, las sortas pesquizas empezaban ya, y nadie podia decir hasta dónde llegaría el príncipe sanguinario que derramaba el ore con profusion en las manos enrojecidas del asesino. Cuanto mas José ahondaba su pensamiento, tanto mas claro presentia alguna medida horrible, cuyo vago terror le helaba la sangre en las venas. Por su parte María, pálida y silenciosa como la muerte, paseaba sus tímidas miradas por los barrancos de los valles, las espesuras de los bosques, ó lo

largo de las sinuosidades solitarias de la vereda peñascosa y difícil que José habia escogido para la mas segura y apartada de las habitaciones de los hombres. La luna alumbraba con sus rayos suaves y aterciopelados aquella marcha silenciosa, que una hermosa noche oriental ocultaba bajo sus velos de azul.

“Erase todavía en la estacion de invierno (1), dice san Buenaventura, y al atravesar la Palestina la santa familia debió escoger los caminos mas ásperos y solitarios. ¿Dónde se habrá alojado durante las noches? ¿qué lugar habrá podido escoger durante el día para reponerse un poco de las fatigas del viage? ¿dónde habrá tomado la frugal comida que debia sostener sus fuerzas?” (2)

La tradicion calla sobre una gran parte de ese interesante y peligroso itinerario. Sin duda los santos viageros hicieron marchas largas y penosas á través de las montañas, aprovechando las primeras horas del día, y aguardando tambien con frecuencia, para partir, en que la luna se levantase en el horizonte. Mientras que atravesaron la Galilea, las grutas profundas que la cruzan, llenas de ramificaciones desconocidas en que es muy fácil ocultarse á todas las miradas, les ofrecieron un lugar de reposo y abrigo; pero tambien esas cuevas, con sus huecos ó cavernas, tenían sus peligros, porque bandas numerosas de ladrones, que largo tiempo tuvieron ocupadas todas las fuerzas del reino y á quienes la enfermedad de Herodes animaba á comparecer de nuevo (3), las escogian ó preferian como lugares de seguridad. El temor de penetrar sin saberlo en una de esas guaridas de asesinos, debió mas de una vez hacer vacilar á José en la entrada protectora de esas retiradas cavernas.

En fin, despues de mil peligros y de mil incomodidades de toda especie, la santa familia llegó á las cercanías de Jerusalem. Aquí multiplicáronse las precauciones y las inquietudes, en razon de la inminencia del riesgo: los fugitivos no se atrevian á acercarse á las ciudades, ni aun á las poblaciones mas numerosas, donde una nube de espías y delatores tenían la vista fija sobre los extranjeros (4); ellos seguian la direccion de los arroyos, ocultábanse en caminos ignorados ó bajo las húmedas

enramadas de los bosques, no atreviéndose á separarse para renovar sus provisiones agotadas, y sufriendo á un tiempo miedo, frío y hambre; ellos habian pasado mas allá de Anathot, y se dirigian por el lado de Rámila á fin de bajar á las llanuras de la Siria; con el afán de sustraerse á una peligrosa vecindad habian aprovechado algunas horas de la noche, cuando vieron desembocar de una oscura barranca unos hombres armados que les impidieron el paso. El que parecia ser gefe de aquella tropa de bandidos, se separó de los demas para reconocer á los viajeros. José y María se habian detenido, mirándose con inquietud; Jesus dormia. El bandolero, que venia á tomar sangre ú oro, arrojó una mirada de asombro sobre ese viejo sin armas, muy semejante á un patriarca de los antiguos tiempos, sobre esa muger cubierta de un velo, que parecia querer ocultar su hijo en su corazon, tanto era lo que le apretaba contra su pecho con afán el mas doloroso. "Son pobres, dijose el bandido á sí mismo, y viajan de noche como unos fugitivos!"... Quizá él tambien tenia un hijo en la cuna; tal vez la atmósfera de dulzura y misericordia que rodeaba á Jesus y á María obró sobre esa alma feroz: bajó la punta de su lanza, y tendiendo á José una mano amiga le ofreció hospedage para la noche en su fortaleza suspendida en el ángulo de una roca, como el nido de una ave de rapiña. Esta oferta hecha lealmente, fué aceptada con una santa confianza, y el techo del bandido fué en esta ocasion hospitalario como la tienda del árabe (5). Al dia siguiente, hácia el medio dia, la santa familia se detuvo en medio de un inmenso bosque de palmeras, nopales é higueras silvestres, que se estiende á corta distancia de Rámila (6); un entapizado de siemprevivas, de narcisos y de anémonas recibió al Soberano del cielo y de la tierra; los calores del verano reinaban en la llanura, y el gorgo de los pájaros, el perfume de las plantas, la espesa sombra de las higueras y el ruido lejano de una fuente, arrullaron el sueño de Cristo. Despues de un corto descanso cuyos momentos debieron ser contados, los viajeros se pusieron en marcha. Ignórase el motivo que les determinó á dirigirse á Belen; la tradicion ha conservado el recuerdo de su tránsito, y los cristianos han elevado un altar en la gruta en que María se ocultó

con su Hijo (7), mientras que José subia á la ciudad, ya sea para informarse de la marcha de una caravana, ya sea para trocar por un camello, indispensable en el desierto, la lenta cabalgadura de la santa Virgen. Sea cual fuere el motivo que condujo á José y María al mismo cráter del volcan, no es dudoso que solo se detuvieron pocas horas, y que se dirigieron á toda prisa á una ciudad marítima de los filisteos para unirse á la primera caravana cuyo destino fuese el Egipto.

Si se consultan los eruditos cálculos de los cronologistas, que no admiten intervalo en este largo viage, los santos esposos debieron encontrar una caravana que estaba de marcha para las costas de la Siria. Esto es tanto mas verosímil, cuanto que se acercaba el equinoccio de primavera, y todos querian anticiparse á la estacion en que el *simon* ejerce su imperio en el desierto y vuelve su mar de arena tan páfida como las mismas olas (8). A escepcion de la inquietud mortal por la encarnizada persecucion de Herodes, la segunda parte del viage de la santa familia no cedió á la primera ni en fatigas, ni en padecimientos, ni tampoco en inseguridad. Al partir de Gaza, cuyas torres medio arruinadas resonaban por el estruendo de las olas, los viajeros no vieron delante de sí mas que inmensas soledades de arena, de un aspecto desolador y de un desabrigo horroroso, que abria á surcos el viento abrasador del desierto, y sobre las cuales se desplomaba un cielo de fuego. Nada de vegetacion, si no es algunos socos matorrales que crecian de trecho en trecho sobre montecillos aislados; nada de agua, si no es el manantial salobre en que la Virgen y José, fatigados, pobres, y á quienes nada protegia, no podian apagar su sed sino despues que los ricos mreaderes, sus esclavos y camellos la habian casi agotado, y que de esa agua turbia y escasa, apenas quedaba con que llenar el hueco de la mano. Cuanto mas se alejaban de las fronteras de la Siria, mas se hacia sentir la sed y mas raras eran las fuentes. A veces distinguíase á lo léjos, en medio de una llanura sin limites, un grande lago azul y claro como el lago de Tiberiades; reflejábase el cielo en sus aguas transparentes, en que se veia la imágen de una palmera solitaria. Un grito de alegría anunciaba ese descubrimiento; apresurábase el paso de los

camellos, y María levantaba su cabeza desfallecida, como una rosa de Jericó á la proximidad de la lluvia (9). Tocábase ya ese lago bendito, en el que con la imaginación apagaban todos la sed; pero, ¡oh miseria! un demonio burlon se llevaba el lago algunas leguas mas lejos, y no dejaba en su lugar mas que una arena abrasadora! (10)

Otra ilusión óptica que se reproduce frecuentemente en estas regiones áridas y quemadas, es el hacer tomar á los viajeros distantes, proporciones gigantescas. Aparecieron de lejos caballeros árabes, cubiertos con largos mantos flotantes, rayados de negro y blanco, armados del *ajombre*, especie de puñal de hoja curva, que todo viajero del desierto lleva en su cinturón, y se les veía altos como torres, y parecía que se mecían en el aire. La Virgen se estremecía y apretaba mas estrechamente á Jesucristo á su corazón; pero el semblante tranquilo de José disminuía sus temores, si bien ella no se podía dar cuenta del fenómeno que les hacía aparecer tan altos (11).

A la caída de la tarde cesaba el canto de los camelleros (12); el jefe de la caravana desplegabá la bandera que señalaba el lugar de descanso, y todos los viajeros venían á agruparse al rededor de aquella señal de reunión. Seguía una animadísima escena al tiempo de hacer la parada. Descargábase á los camellos arrodillados á los pies de sus amos, amontonábanse los tercios en figura piramidal, y elevábase en círculo una fila de estacas, fijadas muy hondo en la arena, para amarrar las bestias de carga; los viajeros ricos hacían aderezar sus tiendas, y el jefe de la caravana colocaba centinelas que debían advertir la aproximación de los bedouins, esos foragidos del desierto, que eran, y que son aún, ladrones como Ismael, y hospitalarios como Abraham. Los mercaderes, despues de haber tomado su comida de dátiles y leche, se entregaban al sueño debajo sus tiendas de fieltro, esperando la salida de la luna. Los esclavos y los viajeros pobres, en cuyo número estaban el Hijo de Dios, su divina Madre, y José, sentábanse sobre una esterilla de juncos estendida en el suelo, sin otra techumbre que el cielo, y recibían sobre sus miembros languididos por el calor y quebrantados de fatiga, el soplo helado de la noche (13). Dejábase oír á veces un grito de alarma;

eran los árabes del desierto, que rondaban al rededor de la caravana entregada al sueño al vacilante resplandor de las estrellas; desconcertados por la vigilancia de los guardias, hacían un disparo de flechas que anunciaba su partida, acompañada por los gritos de dolor de los heridos. Entonces la tierna Virgen, que de su mismo cuerpo había hecho una muralla á su adorado hijo, levantaba hácia el cielo sus humildes ojos llenos de lágrimas, y su frente pálida de espanto; ¡ella sabía muy bien que Jesus podía morir como el último de los hijos de los hombres!

Cuando la luna derramaba su blanca luz sobre ese desierto silencioso y donde las brisas de la soledad no encontraban una sola mata de yerba para formar un suspiro, doblábanse las tiendas; el jefe de la caravana consultaba la estrella del polo, y la penosa marcha volvía á empezar, con todas las incomodidades, sufrimientos y sustos experimentados y previstos desde la vigilia.

Finalmente, llegóse á los confines de la region de los prestigios y del silencio: el Egipto, esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrías, ofrecióse á la vista de los viajeros, con sus obeliscos de granito color de rosa, sus templos con cúpulas de pulido acero (14), sus colosales pirámides, sus pueblos parecidos á islas, y su rio providencial orlado de cañas y cubierto de barquichuelos. Ese país parecía mas rico, mas poblado, mas comerciante que la Judea; pero, ¡era el país del destierro! Del otro lado del desierto se hallaba la patria. El corazón de los desterrados de Israel se había quedado en ella.

Despues de un viaje de ciento cuarenta leguas (15), los fugitivos llegaron á Heliópolis, la ciudad natal de Moisés, en la cual su pueblo había fundado una colonia. En esta ciudad elevábase el templo de Jehová, que Onías había hecho construir sobre el plan de la santa casa. Los adornos de ese templo egipcio igualaban casi á los del otro; solamente en señal de inferioridad, una maciza lámpara de oro suspendida en la bóveda, reemplazaba el famoso candelero de siete brazos de Jerusalen. A la puerta de la ciudad, cuya población se componía en gran parte de egipcios y de árabes idolátras, había

un árbol magestuoso del género de los *mimosa* ó sensitiva, al cual tributaban una especie de culto los árabes del Yemen, establecidos en las orillas del Nilo (16). Al acercarse la santa familia, el árbol ídolo bajó lenta y graciosamente sus sombrías ramas, como para ofrecer el *salem* al jóven Dueño de la naturaleza que María llevaba en sus brazos (17); y si se debe creer á Paladio y á un gran número de piosos escritores, en el momento en que los divinos viajeros pasaban bajo los arcos de granito de la puerta principal de Heliópolis, todos los ídolos del templo vecino inclinaron sus rostros contra la tierra (18).

José y María no hicieron mas que atravesar la ciudad del sol, y se dirigieron á Matarieh, hermoso pueblo sombreado de sicómoros, en que se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en Egipto. Allí, en una habitación semejante á una colmena de abejas, en que hacían su nido las palomas, la familia refugiada respiró en paz, lejos de Herodes.

Ese príncipe cruel, despues de haber esperado inútilmente á los Magos en su palacio de Jericó, su residencia favorita, supo, en fin, que habian atravesado las fronteras de su reino, y que, sin darle cuenta de su mision, se volvian á la Persia. Batido ya por la lenta fiebre que le consumia, el rey de los judios se puso mas pálido aun de cólera. Habia sido burlado, en el momento mismo en que se deleitaba con el pensamiento de su sagacidad sin igual para engañar á los demas... burlado por unos extranjeros que, contra todas las probabilidades, habian penetrado su política nefanda y suspicaz! Si los Magos no hubiesen encontrado al niño, hácia el cual les guiaba la estrella, ciertamente hubiesen vuelto.... Habian, pues, descubierto su secreto asilo, y ese asilo se hallaba en Belen ó en sus inmediaciones, puesto que ellos no habian estendido mas lejos de él sus investigaciones.... ¿Cómo distinguir ese niño peligroso, de las demas criaturas del pueblo?... Solo habia un medio de hacerle desaparecer; un medio estremo, para aniquilarle: era envolverle en un degüello general.... Mas, ¡el pueblo!... A este pensamiento el anciano rey pensó un instante; despues, una sonrisa estraña y particularmente desdeñosa corrió por sus labios. El pueblo no se atreve á rebelar, se dijo Herodes, contra los reyes, que ante ningun obstáculo retroceden!

“Y mandó matar en Belen y en sus alrededores, á todos los niños que no pasasen de dos años,” creyendo comprender en esta edad al niño Jesus, segun la confesion de los Magos (19).

Segun una multitud de autores graves y respetables autoridades (20), que tienen á su favor la tradicion y la verosimilitud, la santa familia estuvo siete años en Egipto, donde se hallan todavía vestigios de su permanencia. La fuente en que María iba á lavar los pañales del Niño (21), el otero cubierto de zarzales en que los ponía á secar al sol, el sicómoro á cuya sombra gustaba la amable Virgen sentarse con su Hijo sobre sus rodillas (22), allí existen todavía, hace diez y ocho siglos. Los peregrinos de Europa y de Asia saben su camino, y los descendientes de los Faraones se complacen en enseñarlo. A cada lugar está pegada, como el musgo á las húmedas paredes de una ruina religiosa, alguna leyenda ó inscripcion sencilla de los antiguos tiempos (23).

María, en Nazareth, habia llevado una vida humilde y laboriosa; pero no habia padecido ni las vigiliias, ni el temor horrible, ni las duras y terribles privaciones que arrastra consigo la indigencia: en Heliópolis pasó por el crisol de la pobreza, y experimentó la miseria bajo todos sus aspectos. Fué preciso crearse recursos; cosa difícil, lejos de su patria, y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que miraba con desprecio á los extranjeros. El hijo de David y de Zorobabel se hizo simple jornalero, y la hija de los reyes trabajaba una parte de las noches para suplir al corto é insuficiente salario de su esposo. “Como eran pobres, observa san Basilio, es evidente que debieron entregarse á penosos trabajos para procurarse lo necesario”.... Pero este necesario, ¿lo tenían siempre? “Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el niño Jesus, acosado por el hambre, pidió pan á su madre, que no podia darle otra cosa que sus lágrimas!”

Empero, Herodes habia muerto de una enfermedad horrible y desconocida, despues de haber sido devorado, aun en vida, por los gusanos del sepulcro. Preocupado hasta el último momento con el pensamiento del gran gozo que iba á experimentar el pueblo al saber su muerte, pidió con lágrimas á su hermana Salomé, una muger infame, que hiciese matar á

flechazos á la flor de la nobleza judía, á quien había mandado prender con este fin, con el objeto único de que se llorase en sus funerales (24), por grado ó por fuerza. Su cadáver fué conducido al palacio de Herodion, en una litera de oro cubierta con un paño color de escarlata y enriquecida con piedras preciosas. Sus hijos y su ejército seguían el fúnebre ataud con un aire abatido; mientras que el pueblo, con el gozo de la libertad, que se retrataba en su semblante, le echaba tantas maldiciones como gotas de agua vierte una nube.

José, avisado en sueños por el Angel del Señor de la muerte de Herodes, volvió con el Niño y María al país de Israel; "mas, habiendo sabido que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes," tuvo algun recelo de ir allí, y se retiró á la Galilea.



LIBRO XV.

María en Nazareth.

¡AH! cuán triste es el destierro, y cuán dulce respirar el aire del país nativo! El pan del extranjero, así como el del malvado, deja arenilla en la boca y amargura en el corazón; sus arroyos no nos recuerdan los juegos de nuestra infancia; falta una nota melodiosa al canto de sus pájaros; sus paisajes están destituidos de aquel atractivo suave y encantador que tienen los sitios de la patria!...

¿Cuánto no debió ser el gozo de los dos santos esposos, al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía de conjunto y variedad de aspectos contrastaban de un modo tan feliz y tan sorprendente con la

esplendorosa monotonía del Egipto? Aquí una población rústica y emprendedora, de talento marcial, trato franco, culto grave y puro; allí, esclavos divididos en castas, habituados al robo, mezclando á su culto insensato prácticas infames, y empobreciéndose para elevar templos al buey Apis, al cocodrilo y á la cebolla albarrana. Era preciso ser profundamente religiosos como José y María; era preciso amar á su país como le amaban entonces los hebreos, para comprender las piadosas y dulces impresiones que hizo en los dos esposos galileos el aspecto de la tierra de Jehová, y de su hermosa ciudad de Nazareth, que se levantaba al extremo de su estrecho y ameno valle, con la gracia natural de una flor campestre.

Después de una ausencia tan larga, la santa familia volvió á entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones, del asombro y de las preguntas repetidas de sus parientes, que todos á competencia la obsequiaron. Empero, la desolación y los amargos recuerdos se hicieron bien pronto lugar á través de toda esa alegría. La casa abandonada de la pobre familia era apenas habitable; el techo, medio arruinado y roto en algunos parages, ostentaba aquí y allá grandes matas de yerbas parásitas, y había dejado penetrar libremente en lo interior el viento del invierno y las lluvias deshechas de los equinoccios (1). El aposento bajo era frío, húmedo y verdecido; unas palomas silvestres hacían sus nidos en la celdita misteriosa y santificada en que el VERBO se hizo carne; las zarzas estendían por el pequeño patio sus guirnalda morenas y espinosas; todo, finalmente, en esta antigua casa enrojecida ya por los años, había tomado aquel aspecto ruinoso y desolado que se advierte en los edificios abandonados, como el sello de la ausencia de su dueño. Fué preciso ocuparse de esas urgentes reparaciones; fué preciso reemplazar los enseres y muebles inservibles ó perdidos; fué preciso, tal vez, pagar una deuda contraída en Egipto para la vuelta. Entonces fué, sin duda, cuando vendieron hasta el jubulado, es decir, los campos que formaban la herencia paterna. De todo lo que poseían José y María antes de su largo viage, no les quedó otra cosa que la casa arruinada de Nazareth, el taller de José y sus brazos; pero Jesús estaba allí. Joven aun, Jesús tomó el

hacha y siguió á su anciano padre por los pueblos en que se le ofrecía ocupación (2); el trabajo proporcionado á su edad y fuerzas nunca faltó á su madre. El bienestar había desaparecido por largo tiempo; pero á fuerza de privaciones, de vigiliyas y esfuerzos se proveyó á las urgencias de primera necesidad. Jesús, María y José se entregaron á duros trabajos; y AQUEL que podía mandar á legiones de ángeles, jamás pidió á Dios para él y los suyos, otra cosa que el pan de cada día.

La vida interior de aquella bienaventurada familia, que ha sido llamada *la Trinidad de la tierra*, no ha llegado al conocimiento de los hombres; es el arroyuelo que se pierde entre las yerbas, es el *Santo de los santos* con su nube de perfumes y su doble velo. Sin embargo, estudiando minuciosamente y examinando uno por uno y bajo todos sus aspectos los hechos evangélicos, lo que se sabe hace adivinar hasta cierto punto lo que se ignora, y la vida pública de Jesucristo arroja algunos brillantes resplandores sobre su vida privada y la de la santa Virgen. Vamos á ensayar el llenar esta laguna con toda la reserva y aplicación concienzuda que exige una materia tan grave.

Jesús, en quien estaban ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3), no tenía necesidad de ser enseñado por los hombres; así pues, toda opinión contraria es reprobada espresamente por la Iglesia. También san Juan, en su Evangelio, nos dice, que los judíos contemporáneos de Jesucristo le consideraban como un joven sin estudios (4); y el asombro de los nazarenos al verle tan versado en las letras sagradas, testifican bastante que ignoraban que hubiese sido educado, como san Pablo, *á los pies de un maestro*. Los talmudistas y los autores judíos de los Toldos sostienen, por el contrario, que un rabino célebre inició á Jesús en los misterios de la ciencia y de la magia; mas, como la consecuencia que se deduce de la segunda parte de esta asercion es completamente absurda, y se considera el hecho bajo el punto de vista puramente humano, como lo hacen los racionalistas, semejante aserto es evidentemente falso, por dos razones. Desde luego, Jesús no era zelador ni tradicionalista; y se ve en todo el Evangelio, que desaprobaría altamente las mezquinas miras del egoísmo, las

distinciones capciosas y las pobres sutilezas de la Sinagoga. En segundo lugar, es preciso considerar que el rabino Juan Peradua, á quien se le dá por preceptor, no habia nacido aun, pues no floreció sino cien años mas tarde.

Colocar á Jesus entre los rabinos en calidad de discípulo, seria una cosa tan poco lógica, como querer sostener una encina rodeándola de cañas. El no enseñaba como ellos, dice un Evangelista (5); y esto se concibe sin dificultad alguna, porque sacaba su sabiduría de sí mismo; y sus doctrinas, aun tomadas bajo el punto de vista humano, parecen deslizarse de una alma purísima, nobilísima y muy recta, y de un espíritu tan vasto y tan uniformemente elevado, que se percibía bien no habia sido falseado por las polémicas escolásticas.

Strauss conviene en que toda la sabiduría y la ciencia de la época habrían sido impotentes para formar un hombre semejante á Jesucristo. "Aun cuando Jesus, dice, hubiese agotado todas las fuentes de instruccion conocidas en su tiempo, es evidente que ninguno de aquellos elementos habria bastado, ni con mucho, para hacer una revolucion en el mundo, ni dar el impulso á una obra tan grande, si él no hubiera sacado sus doctrinas de las profundidades de su alma."

Su elocuencia era tan peculiar de él solo, como su moral: no era las exageraciones enfáticas de los rabinos, ni la dición magestuosa, fuerte, enérgica y levantada de los antiguos profetas; era, como lo decia él mismo, un manantial de agua viva, que reflejaba en su corriente los pájaros del cielo, las mieses y las flores de los campos... Esta elocuencia tan sencilla, penetraba hasta el fondo de las cosas y se enlazaba sin esfuerzo á los grandes pensamientos. Cada palabra era una preciosa semilla de virtud; cada doctrina proyectaba sobre los misteriosos espacios del porvenir un largo reguero de luz, que debia engrandecerse y estenderso insensiblemente hasta el día de la perfecta regeneracion del mundo. Aun los mismos que han negado audazmente sus milagros, confiesan que sus palabras eran las de un Dios (6).

Jesus estaba dotado de una alma elevada y meditabunda, que tenia necesidad de un dilatado espacio para desarrollarse; ocupado durante el día en un trabajo manual que absorbía

todos sus instantes, se desquitaba por la noche de sus oscuras fatigas, y se convertía en legislador y profeta á la presencia del cielo estrellado. De pié sobre la azotea elevada, desde donde se descubrían las montañas y los estensos bosques de la tierra de Canaan, abría su alma delante del Autor de la naturaleza, de quien era el Enviado, el Hijo y el igual. Estas conversaciones solitarias con Dios en el silencio de la noche, del desierto y del pensamiento, fueron una de las costumbres de Jesucristo, de la que se hallan muchos ejemplos en el Evangelio. El Hombre-modelo, el Verbo encarnado, quería sin duda enseñar á los suyos á separar el oro puro de la oracion, de la liga monstruosa de ostentacion é hipocresía, que con tanta habilidad sabian mezclar los fariseos de su tiempo.

La Virgen, que nunca fué ni importuna ni exigente, no se oponía de modo alguno á ese aislamiento que entraba en los hábitos de su Hijo: ella sabia que Jesus echaba entonces la sonda al fondo del abismo incommensurable que se entreabría bajo los piés de la raza humana, y que la redencion del mundo seria el fruto de aquellas meditaciones silenciosas. Respetando el trabajo de ese espíritu sublime que se replegaba sobre sí mismo, y llevando sus miradas hácia el porvenir de gloria que á cada instante se acercaba, María veía ya el cielo abierto, la muerte vencida, y al Mesías reuniendo todos los pueblos de la tierra al rededor de su estandarte... Pero de repente, al estremo de esa perspectiva encantadora, la profecía del anciano del templo se presentaba lúgubre como un ataud; un estremecimiento involuntario, cual el helado calabro de la agonía, corría por las venas de la pobre María, y su corazón, en que tenia tanta parte el amor de Jesus, se deshacía en angustias infinitas. Gritábale una voz secreta: "¡Es necesaria una expiacion de sangre; es preciso que muera el Cristo!" Entonces, dejando el humilde trabajo á que la obligaba su indigencia (7), la hija de David iba á buscar á su Hijo: tenia necesidad de verle, de asegurarse con su abrazo maternal que estaba todavia allí, que vivía aun.

A su vista, Jesus bajaba hácia la tierra sus ojos pensativos clavados en los astros: su tierna frente, arrugada por una idea vasta como el mundo, se convertía en la frente lisa y tersa del

niño. María, entonces, ocultando en el pecho sus siniestros temores, prescribale el reposo despues de la larga vigilia. Era preciso reparar sus fuerzas para el día siguiente, el curso seria fatigoso y duro el trabajo... el Hijo de Dios seguia en silencio á su madre mortal, porque la amaba, y *le estaba sujeto*.

San Bernardo no admira menos la dignidad de la santa Virgen, que la sumision de Nuestro Señor. "Este Dios, dice el apóstol de las cruzadas, este Dios, á quien están sometidos los ángeles, á quien obedecen los principados y potestades, estaba sujeto á María. Admirad la que mas querais de esas dos cosas: ó la asombrosa humildad del Hijo, ó la eminente dignidad de la Madre; en cuanto á mí, una y otra me asombran, y son á mis ojos grandes portentos. Que un Dios obedezca á una muger, es una humildad sin ejemplo: que una muger mande á un Dios, es un grado de gloria que no tiene igual."

Un incidente extraordinario, que apesará el alma de la santa Virgen, señaló la entrada de Jesus en la adolescencia. José y María, religiosos observadores de la ley de sus padres, iban regularmente todos los años á Jerusalem, en la época del tiempo pascual. Este viage, que habian hecho furtivamente y confundidos entre la multitud, mientras el hijo del enemigo de Dios habia ocupado el trono de los Macabeos, se habia hecho mas fácil desde el destierro de Arquelaos y la ocupacion de los romanos. Cuando Cristo hubo llegado á los doce años, sus padres, libres de inquietud por parte de Herodes, le llevaron consigo á Jerusalem. Los peregrinos hebreos salieron juntos de Nazareth; pero despues, en el camino, se fraccionaron en pequeñas partidas, segun la edad, el sexo, y las relaciones de familia y de amistad (8).

Al redor de la Virgen estaban María de Cleofas, la bella hermana de José; otra María, designada en el Evangelio bajo el nombre de *altera María*; Salomé, muger de Zebedeo, venida de Betsaida con sus hijos y su esposo; Juana, muger de Chus, y una multitud de nazarenos de su vecindario y parentesco. José la seguia á alguna distancia, discurriendo gravemente con Zebedeo el pescador y los ancianos de su tribu. Jesus marchaba en medio de los jóvenes galileos, que el Evan-

gelio, segun el espíritu de la lengua hebrea, ha llamado sus *hermanos*, y que eran sus inmediatos parientes.

Entre ese grupo de jóvenes que iba delante de los demás, distinguianse los hijos de Zebedeo; Santiago, impetuoso como el lago de Tiberiades en un día de tempestad; Juan, mas joven aun que Jesus, y cuya dulce fisonomía puesta al lado de su hermano, parecia personificar el cordero de Isaias viviendo en paz con el leon del Jordan. Al lado de los pescadores de Betsaida, que Jesus denominó mas adelante con el renombre de *boanerjes* (hijos del trueno), caminaban los cuatro hijos de Alfeo; Santiago, que fué obispo de Jerusalem, joven austero y grave, de larga cabellera, semblante pálido, aspecto frio y mortificado. Engreido por haberse consagrado al nazarenato, dábale tal vez, con aquel que solo consideraba como á hijo del *carpintero*, un tono de superioridad desagradable. Descubriáanse en su carácter las virtudes é imperfecciones propias del país: una firmeza incontestable; inclinaciones rectas y religiosas; pero tambien un desprecio grande de todo lo que no era salido de Abraham, y una alta opinion de sí mismo. Judas, Simon, y José, los otros hijos de Alfeo, eran jóvenes de ademán tosco, sencillo y adusto, llegados ya á la adolescencia, y que consideraban al Hijo de la humilde María por su inferior en todo; cosa de que se ve en el Evangelio que tuvieron algun trabajo en deshabituarse (9). ¿Y Jesus? Jesus nada afectaba, ni la devocion, ni la austeridad, ni la prudencia, ni la sabiduría; porque poseía la plenitud de todas esas cosas, y ordinariamente solo se afectaba lo que no se tiene.

Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos de color de bronce antiguo (10), separados en su frente morena y cayendo con gracia sobre sus hombros, se le hubiera tomado por David en el momento en que el profeta Samuel le vió venir, pequeño, tímido y en trage de simple pastor, para recibir la santa unción. Habia, sin embargo, en los ojos garzos y sombríos de Cristo (11), alguna cosa mas, que no tenia el ojo lleno de poesia y de inspiracion de su grande abuelo. Descubriase un no sé qué de penetrante y de divino, que profundizaba el pensamiento y sondeaba los pliegues mas íntimos del alma; pero Jesus templaba entonces el resplandor

y viveza de sus miradas, como cubría Moisés su frente radiosa cuando salía del tabernáculo. El marchaba conversando prudentemente, bien que acomodando sus discursos á su edad, con sus jóvenes parientes segun la carne, de quienes queria hacer sus apóstoles; descubria bajo su grosera corteza el peso y el valor de esos diamantes sin pulir, que debian brillar despues con una luz tan viva; y amábales en su porvenir. Su esperanza no quedó burlada: estos hombres, que tenian, como el resto de la nacion, sus sueños de oro y de poder en órden al Mesías, se despojaron á su voz de todas las preocupaciones nacionales y religiosas, para adoptar una doctrina calumniada, cuyos principios y promesas, semejantes á las maldiciones de la antigua ley, no hablaban de otra cosa que de sufrir tormentos y persecuciones. Uniéronse á él con cadenas tan fuertes, que ni los príncipes de la tierra, ni el frio, ni la desnudez, ni el hambre, ni la espada, pudieron separarlos de su amor. Marcharon por su camino, hollando animosamente las espinas que el mundo sembraba bajo sus plantas, y dejándose tratar como la escoria del género humano. ¡Ellos no se avergonzaron ni del Hijo del hombre, ni de su Evangelio, ni de la locura de su cruz! ¿Y por qué habian de hacerlo? Los impostores son los que deben avergonzarse, y los apóstoles no predicaron jamás sino conforme á sus íntimas convicciones. Aquellos corazones rectos y sencillos, dieron á su testimonio todo lo que podia hacerle creible y sagrado entre los hombres; lo abandonaron todo, lo sufrieron todo, todo lo perdonaron; y sellaron con su sangre el Evangelio de su divino Maestro (12).

Empero, hácia la época de que hablamos, esas virtudes heroicas no estaban todavía en flor; y esos jóvenes galileos se hallaban muy distantes de pensar que un dia darian su vida para sostener la divinidad de su compañero de viage.

Al cabo de cuatro jornadas, los peregrinos llegaron á la ciudad santa, á donde afluía un inmenso concurso de judíos extranjeros. La familia de José y de Maria se reunió para comer el cordero pascual, que los sacerdotes cuidaron de inocular entre las dos viglias (14), en el patio del templo, y al que se añadieron panes ácidos, lechugas amargas, y todo lo que constituía esta antigua ceremonia.

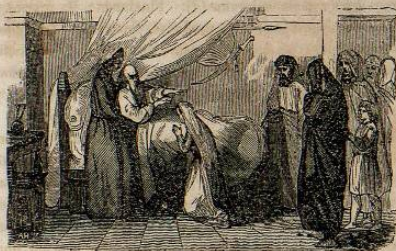
Pasados los dias de la fiesta, los parientes de Cusiro se reunieron para emprender otra vez el camino de su provincia; pero como se volvian en el mismo órden con que habian venido, los dos esposos no advirtieron desde luego la falta de Jesus. Maria le creyó con José, ó con los dos Santiagos; José por su parte, le creyó con sus jóvenes deudos ó con Maria.

A la caída de la noche reuniéronse los diversos grupos, y la santa Virgen buscó, pero en vano, á Jesus entre la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada: nadio sabia lo que se habia hecho el Salvador. Inexplicable fué el dolor de los dos santos esposos. “¡El depósito del cielo, el Enviado de Dios!” esclamaba tristemente José. “¡Mi Hijo!” decia la pobre madre, sollozando. Baseáronle durante la noche; le buscaron durante el dia; preguntaban por él en los caminos; llamábanle por los bosques; fijaban sus miradas en los precipicios, temiendo tan presto por su vida como por su libertad, y no sabiendo que hacerse si se habia perdido. Entraron otra vez en Jerusalem; corrieron á las casas de todos sus amigos, y fatigados de recorrer los diferentes barrios de la gran ciudad, penetraron finalmente en el templo. Bajo el pórtico en que se reunian los doctores de la ley, habia un niño que tenia asombrados á los ancianos de Israel con la profundidad de sus discursos y observaciones, y la exactitud de sus respuestas á las preguntas y cuestiones mas difíciles. Habíase formado un círculo á su rededor, y todos se maravillaban de su sabiduría precoz y prodigiosa. “¡Es un Daniel, ó un ángel!” esclamaban á pocos pasos de la desconsolada Virgen. “Es Jesus,” dijo la jóven madre, adelantándose por el lado en que estaban los doctores. Entonces acercándose al Mesías con la espresion de una estremada ternura, teñida, por decirlo así, de los últimos reflejos del pesar: “Hijo mio,—le dice con dulzura,—¿por qué has obrado así con nosotros? he aquí á tu padre y á mí que te buscamos sumergidos en la mayor afliccion!”

El niño habia desaparecido ante el Dios; la respuesta fué seca y misteriosa. “¿Por qué me buscábais? ¿no sabíais que es preciso que yo me ocupe de lo que concierne al servicio de mi Padre?” Ambos esposos guardaron silencio y no com-

prendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesus se levantó, y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumision á la voluntad de sus padres, borró bien pronto esa ligera nube. "Pues su madre conservaba en su corazon todas estas cosas. Y Jesus crecia en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres."



LIBRO XVI.

María en las Predicaciones de Jesus.

"DOS mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos genios de nuestra época: el uno mas allá de la Cruz; el otro mas acá." El mundo primitivo, llegado á la decrepitud al tiempo de la mision regeneradora de Jesueristo, presentaba un espectáculo el mas estravagante, porque lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1). El indio divinizaba el Ganges, é inmolaba victimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2). El Egipto, el pueblo sabio por escelencia, tributaba un devoto culto al ajo, al loto, y á casi todas las plantas bulbosas (3). Las poblaciones desconocidas